

en busca de la fuente halagadora
que remedando el brillo de la vida
guarda en su fondo germen de traidora
y prematura muerte.

Tu querida
grey tras ella no irá; no irá insensata,
dejando del redil la paz serena,
en busca de una vida que la mata,
de una fuente falaz que la envenena.

Tras el caro Pastor irá rumiando
el pasto del saber, grave y sencillo;
la hermosa luz de la verdad buscando,
y las excelsas cumbres escalando
al són de tu amoroso caramillo!

Y colmada estará su ansia suprema
cuando en triunfales cimas haya visto
el tricolor, de nuestra Patria emblema,
y el lábaro inmortal de JESUCRISTO!

R. ESCOBAR ROA

Octubre 23 1923.

EN UNA VELADA FAMILIAR

Excelentísimo señor, Ilustrísimo y Reverendísimo
señor, señor Ministro, señor Rector, respetable Claustro,
señoras, señores:

Llegó alguna ocasión un peregrino, cuyos pies san-
graban, a la puerta del castillo de un señor opulento.
Fue acogido; y halló reposo para su cansancio, agua
limpia para su sed, vestido para su desnudez, saciedad
para el hambre. Pero no paró allí el límite de la lar-
guezza señorial; antes que el huésped dejase los muros
amparadores, fue investido de la armadura del caballero,

con la autoridad que el hidalgo había recibido del rey. El nuevo miembro de la orden luchó después, en campo abierto, por su Dios, por su patria y por su dama, y en sus andanzas llevó con recuerdo animoso la carga amable de su gratitud. El tiempo corrió. Deberes del oficio llevaron aquel hombre al señorío donde dejó sus hábitos vulgares. Y aconteció que otro potentado que por allí vivía, quiso hacer un presente a su vecino, y a nuestro caballero solicitó para que lo ofrendase, solicitud y aceptación que fueron hechas con todas las leyes de la cortesanía. ¿Cómo no era grande el regocijo que al ofrendante daba la oportunidad de llevar, a quien la debía, una muestra de reconocimiento?

Nada mejor se puede hacer en esta tribuna, elevada por los altos temas de graves togados que han desfilar por ellas en teorías áticas, que echar a un lado las meditaciones difíciles y volver los ojos a esta grata vida de los claustros. No se trata de una reunión de carácter académico, sino de la acostumbrada fiesta hogareña, que honra al jefe de la familia.

Entre las muchas consecuencias, buenas o malas, que trae cada año que termina, está la muy feliz de la purificación de los recuerdos, en tal manera, que hay muchos dolores que vistos al través de la distancia son un jalón amable. Cuando un trance difícil ha sido salvado, o un deber que implique lucha cumplida, nace una satisfacción compensadora. Pule el tiempo las aristas de lo pretérito y hay un momento en que es preferible ese pasado, que tiene sabor de caricia materna, al porvenir, donde la imaginación pone tintes de rosa, pero que está cubierto con el velo sugestivo del misterio.

Existe en la vida del claustro un cúmulo de preciosas circunstancias, que pasan sin que el estudiante las advierta y que las aprecia cuando le faltan porque

se alejan de esta casa de intelectuales disciplinas. La paz de la tarde que es también tranquilidad en el ánimo, cuando en el descanso conversan los compañeros sobre cosas comunes a lo largo de los corredores, la felicidad que se le sale a la cara al vecino de pupitre cuando relee las cartas de sus padres, donde se mezclan los consejos sencillos que el amor hace sabios, con las noticias y los besos; la especie de importancia que cree adquirir el que recibe las primeras clases de estudios profesionales; los paseos alegres; las fiestas de mayo florido y de octubre solemne; la ansiedad primero y el goce después del momento torturante de los exámenes; pilladas, agudezas y tantos hechos, pequeños o grandes que producen íntima fruición, tanto más amables cuanto más lejanos. La juventud vivida al abrigo de estos claustros no fue enterrada en una penumbra conventual. Si quedó allí, por mala ventura pasó ya; pero la fantasía la guarda entre lirios y la hace renacer cada vez que estas aulas recorre.

Porque sucede aquí lo mismo que en la vida. Mil detalles pequeños se nos presentan a cada paso que damos, que no podemos apreciar porque motivos de mayor importancia nos llaman. Pero no obstante ser pequeños, llegan a nosotros, tristes o alegres en el ordinario contraste, y levantando su cara humilde parece que nos suplica su atención. Cuando no se les observa, cuando no se aprecia el contingente de estética que quieren poner en esto que el aburrimiento llama monótona marcha del tiempo, se recogen como avergonzados. Algo parecido había dicho alguno.

Era yo colegial en el amplio dormitorio de santo Tomás en el mismo sitio en que por acaecimiento, no sé si desgraciado o feliz, fue transformado en esta aula máxima. Un compañero, cuyo nombre no hace falta en la historia que os voy a contar, tenía la costumbre de re-

leer sus lecciones recostado en el lecho, en los momentos que preceden a la campanada que señala la hora de dormir. Hacia el fin del año, cuando crecía la fatiga por la intensidad de las labores, era frecuente que el sueño venciera al deseo de avanzar un capítulo más; el libro abierto caía de las manos desmayadas, quedaba recostada la cabeza sobre el brazo y era un cuadro digno del pincel. Alguna vez el correo le trajo cartas y el número impreso del pequeño semanario de su región; las tareas no le dieron vagar, fue a leer en el lecho y también se quedó dormido sobre el periódico, soñando acaso en las nuevas que supo del pueblo, del hogar y de la novia, «altares donde la juventud ofrenda siempre el incienso aromado de sus recuerdos.» Otro compañero creyendo hacer una obra buena, lo despertó con un movimiento brusco para que optara la posición ordinaria. Si fue la acción bien intencionada, ¿no os parece que tuvo caracteres de una profanación artística?

Todos conocemos una serie admirable de cuentos, escrito para los rosaristas, por el primero de los colegiales que viven; hemos releído aquél en que cuenta «Cómo se graduó» y hemos visto al observador delicado y al académico. Esa es parte, valiosa además; a su lado hay una abundante literatura, propia de esta casa de sabiduría, algunas de cuyas obras han visto la luz en la REVISTA o en otras publicaciones, pero que permanece casi toda inédita en los pupitres o en la tradición. Hay sonetos que tienen el sentimentalismo de los insipientes, epigrama con más aguijón del indicado en el texto de retórica, odas patrióticas que inspira la enorgullecedora galería del salón rectoral, prosas que ha leído con deleite el catedrático al examinar las tareas, y en medio de todo, obras de arte genuino que mantienen oculta la modestia. Los temas sobran. Recuerdo como si fuera de ayer la emotividad que despertó y los

ensayos a que dio lugar una golondrina, que bajó del nido que está en el alero del claustro, a su pequeña para ayudarla en los vuelos primeros, pero como ni con la ayuda cariñosa de los colegiales pudo volverla a su hogar diminuto, los ojos tristes la contemplaron fría al amanecer, entre los claveles y pensamientos que florecen al pie de la estatua del fundador. Aquello era de verse. Y digo que sobran los temas, porque es cosa sabida que no encierran los muros a la imaginación, que vuela al rededor del campanario blanco del pueblo con la misma facilidad que se remonta a los espacios inmensos.

El bullicio de la ciudad moderna y las tempestades mismas no se han hecho sentir aquí sino a la manera del murmullo lejano de las olas al romperse contra las rocas de la playa. El mismo fundador hizo al Doctor Angélico maestro de la juventud para siempre. Nos preside en estos momentos el maestro en méritos y virtudes de las últimas generaciones rosaristas, representante del maestro secular. Y siglos hace que tenemos elegida Reina y Señora, no perocedera, sí hermosa y resplandeciente, que vive con nosotros, y que en su trono, embellecido por el arte, oye quejas y reparte dones con generosidad infinita.

Todo, aun lo que parece de menos significación, se define, limpia y valoriza cuando adquiere el sello de lo pasado. Hacer un recuento nimio de lo que está en la memoria de los que hemos vivido bajo estos techos, sería obra larga que al público podría cansar y propia sólo de la pluma muy ágil y muy amena del ilustre consiliario cuya ausencia definitiva lamentamos, que consagró en extensas páginas las «Reminiscencias» de la Santa-Fe desaparecida, cuya historia es un haz de hechos nobles, de crímenes, de galanterías caballerescas, de bailes y saraos.

Por eso, por lo extenso del tema, apenas lo propongo en esta noche de regocijo. Deseo que permanezca, no el problema que hace plegar la frente, sino la preocupación dulce de volver los ojos atrás para acariciar el pasado, en vosotros, hermanos que como yo habéis abandonado las aulas, y los que estáis en ella pongáis lo que de vuestra parte sea para no malgastar horas felices de juventud; que esa juventud no quede enterrada en una perezosa oscuridad, sino dormida, suavemente dormida entre las amorosas gasas de un pasado intelectual vivido intensamente, iluminada por la luz pura de la lámpara votiva del recuerdo.

GUILLERMO JARAMILLO, J. D.

AÑO NUEVO

Gracias a ti, Señor. Si todo enero
Abre un interrogante a nuestros ojos,
Te pedimos, poniéndonos de hinojos,
Que alumbres las tinieblas del sendero.

De angustias o de dichas mensajero,
Tu oráculo aguardemos sin enojos;
Tú apartarás del pie cardos y abrojos
Y nos darás la mies para el granero.

Te rogamos, cual sola venturanza,
Que alcance nuestro esfuerzo por diadema
Cada tarde al morir nueva esperanza;

Y en todo acaecer grato o sombrío,
En homenaje a tu bondad suprema
Esté velando el corazón, Dios mío!

LUIS MARIA MORA

Enero 1.º 1924.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico